

| 854 | PRÁCTICAS URBANAS DE LOS ADULTOS MAYORES EN EL CONTEXTO FAMILIAR LATINOAMERICANO

Pamela Quiroga

Resumen

En un contexto de envejecimiento reciente y acelerado en los países de América latina, los estudios relativos a las prácticas urbanas de las personas mayores se hacen indispensables para aprehender las nuevas necesidades en términos de políticas sociales y ordenación del territorio para atender las necesidades de esta población cada vez más numerosa. Este artículo propone una introducción sobre el análisis de las prácticas urbanas de los adultos mayores y la influencia que éstas tienen bajo la presencia o no del conjunto familiar. Queremos, a través de este enfoque, destacar las diferencias o incluso las desigualdades que emanan entre las prácticas urbanas de los individuos que componen la población estudiada ya que el proceso de envejecimiento supone una pérdida de autonomía progresiva donde las formas de dependencia se vuelven cada vez más presentes. El papel de la familia, principalmente en los países de América latina, es fundamental para comprender las diferentes estrategias residenciales y cotidianas que serán adoptadas, de manera constreñida o voluntaria, por los adultos mayores.

Palabras claves: adultos mayores, prácticas urbanas, familia, desigualdades

En América latina, se comprueba un envejecimiento de la población a su vez reciente y extremadamente acelerado. Los estudios concernientes a las prácticas urbanas de los adultos mayores son indispensables al querer aprehender las nuevas dinámicas urbanas, las nuevas necesidades en términos de ordenamiento del territorio y las expectativas de esta población cada vez más numerosa. Pero pocos son los estudios que dedican un análisis minucioso de las diferentes prácticas de las personas de la tercera edad que pondrían de relieve las desigualdades existentes dentro de esta clase de edad. La pérdida de autonomía, el sentimiento de soledad, la viudez o las rupturas en el ciclo de vida proporcionan ciertas dificultades a los adultos mayores que deben adaptarse a nuevas situaciones de dependencia física, moral o económica. En este contexto, los adultos mayores encontrarán refugio en la cercanía, ya sea geográfica o afectiva, de sus familias. Hoy en día, son alrededor de 24%¹ los hogares compuestos de por lo menos un adulto mayor en las ciudades de América latina. La convivencia corresponde a una práctica social para responder a los problemas ligados a la dependencia de las personas adultas pero también para evitar ciertas formas de aislamiento. En el proceso de envejecimiento, la primera forma de aislamiento que se opera es la de la

¹ CEPAL (Comisión Económica para América Latina)

entrada a la jubilación donde el individuo se aleja de la sociabilidad profesional. Luego, a medida que el tiempo avanza, problemas de salud colocaran al adulto mayor en situación de pérdida de autonomía, limitando así sus desplazamientos y por lo tanto cambiando o reduciendo sus prácticas cotidianas. Finalmente, es en la última etapa de la vida que las personas tendrán mayores probabilidades de ver su red social reducirse, cuando se trata de cercanos de la misma generación, puesto que, como ellos, sufren de una degradación de la salud que los condenan al aislamiento y además porque las personas mayores conocerán con más frecuencia el fallecimiento de sus queridos. Susceptibles a un aislamiento social, la familia de los adultos mayores podrá jugar un rol a favor de su integración o reintegración a través de un acompañamiento y un apoyo cotidiano. Importante es destacar además que las situaciones vividas por los adultos mayores son diversas y variadas y veremos cómo, a través de estas diferencias, se crean desigualdades entre los individuos del mismo grupo de edad. En efecto, el envejecimiento no es vivido de la misma forma por todos los individuos que conocen condiciones de vida contrastantes y por ende dificultades de diversas índoles. Coutrim (2010) subraya entonces que « *más sociedades contemporáneas convivem lado a lado as diversas velhices: a velhice dos pobres, dos ricos, as camadas medias, os invalidos, dos que mantem sua autonomia, do trabalho e a do lazer, a rural e a urbana, a excluida e a inserida na luta pelos direitos, a de homens e a das mulheres, dos asilados e dos chefes de domicilio, e assim por diante.* » (p. 49).

Algunos autores marcan la voluntad de definir grupos de edades dentro de la categoría de la población definida como “personas de edad” porque como lo subrayamos anteriormente, es una clase que aumenta y que se extiende cada vez más, lo que proporciona inevitables diferencias y desigualdades dentro de una población mucho más compleja y heterogénea. Estos grupos de edad permitirían atribuir a cada individuo, según su edad, las actividades que desarrolla o no cotidianamente. Grupos de edad ya fueron propuestos por Guimbert et Godot (2010) quienes evocan los “seniors” que tendrían entre 50 y 75 años y que estarían bien incluidos en la vida social y económica a través de las actividades profesionales o del comienzo de la jubilación; las personas de la “tercera edad” que serían los individuos entre 75 y 85 años y que comenzarían a experimentar una degradación de su estado de salud y por ende, a conocer situaciones de vulnerabilidad más o menos importantes; y las personas que tendrían más de 85 años entrarían en el grupo de los de la “gran edad”. Este último grupo estaría compuesto por personas que están perdiendo su autonomía física, psicológica o cognitiva, lo que restringiría sus prácticas en un espacio próximo del lugar de residencia.

Estas divisiones poblacionales están fuertemente condicionadas por el contexto de cada país, particularmente en la calidad de vida de los habitantes que condiciona la

esperanza de vida de cada población. Así, podemos ver desde ya que diferentes variables como la edad, el contexto, pero también el sexo, el estado de salud o las características de las redes sociales de los individuos pueden determinar la presencia de desigualdades entre las prácticas de los adultos mayores. Queremos aquí poner de relieve la importancia que tiene la familia de las personas de edad en sus prácticas cotidianas y en sus relaciones al espacio, sin perder de vista las otras variables explicativas. Veremos cómo las diferencias y/o desigualdades aparecen entre los individuos mayores a través de sus prácticas según las afinidades o no que tengan con su red social, según la proximidad espacial de sus cercanos (en convivencia con ellos o no, próximos del lugar de residencia de miembros de la familia o no...) y según el tipo de apoyo que se instaura.

La familia, un factor explicativo de las prácticas residenciales en América Latina

Dentro de las redes sociales, subrayamos el papel fundamental de la familia que ocupa un lugar primordial en América latina. Esta realidad influye de manera notable en las prácticas residenciales de los latinoamericanos. Un estudio realizado en Bogotá muestra una fuerte concentración geográfica de los lugares de residencia de los miembros de una misma familia: entre 80 y 84% de los parientes de los entrevistados vivían en la misma localidad (Dureau, 2002). Es para esta misma capital que Bonvalet y Dureau (2000) verificaron que el papel de la familia se volvía cada vez más importante a medida que se descendía en la escala social. Vervaeke (1992), va más lejos sugiriendo que las familias jugarían un papel importante en la composición de la población urbana. Esta hipótesis parece coherente cuando estudios comprueban que la elección de una nueva vivienda se hace preferentemente a proximidad de la anterior ya que los habitantes valorizan los recursos presentes en el territorio que sean de orden material (servicios y comercios) o afectivos (presencia de miembros de la familia) (Delaunay, Dureau, 2003). Como lo vimos anteriormente, la edad es determinante para identificar las desigualdades entre las prácticas residenciales de los individuos, particularmente en el relacionamiento con la familia. Colombet (2010) habla de un proceso llamado “downsizing” para las personas de más de 75 años que realizan una mudanza generalmente causada por una ruptura familiar (viudez, soledad...) o por la necesidad de subvenir a los nuevos constreñimientos referentes a la senilidad. A partir de este enfoque y considerando el contexto latinoamericano, podemos sugerir que las mudanzas de vivienda realizadas por los adultos mayores de más de 75 años se apuntarán espacialmente o hacia las partes de la ciudad que propongan servicios y comercios que correspondan a sus necesidades o hacia la familia, que constituirá el zócalo del apoyo frente

a una situación degradante y por ende, con cierto grado de dependencia. Si el deseo de proximidad se hace tangible en el proceso de envejecimiento, es porque a medida que se avanza en el tiempo, las prácticas y movibilidades de las personas de edad se focalizan fundamentalmente en los alrededores más próximos de la vivienda. Más que un deseo, la cercanía familiar se vuelve una necesidad cuando los adultos mayores entran en una fase de pérdida de autonomía. Así, los familiares viviendo a proximidad serán más solicitados, en términos de ayuda, por los adultos mayores que los miembros de la familia que viven lejos. Según Pennek (2006), este apoyo puede llegar a modificar o inclusive perjudicar las propias movibilidades y actividades cotidianas de las personas que aportan apoyo. Es importante notar que estas estrategias adoptadas por las personas de edad parecen depender de la voluntad y de la capacidad de las redes sociales de modificar o sacrificar algunas de sus propias prácticas cotidianas para garantizar las necesidades de los mayores.

Cuando la proximidad se vuelve convivencia

La voluntad de querer acercarse cada vez más de la familia se traduce también por diferentes formas de convivencias en las cuales los adultos mayores son los alojados y en otros casos donde son ellos quienes acogen miembros de su familia. En efecto, la realidad familiar latinoamericana produce una organización bastante peculiar del hogar en el cual se encuentran con frecuencia composiciones intergeneracionales más complejas que lo que se puede ver en Europa por ejemplo, donde predominan los hogares con familias nucleares. Veremos como estas convivencias influyen sobre las prácticas socio-espaciales de la población estudiada.

Convivencias familiares bajo imposición

Las convivencias familiares pueden ser el fruto de una elección individual o colectiva pero pueden sugerir también mudanzas bajo imposición como lo evoca Le Breton (2005), en las movibilidades residenciales, donde las personas mayores se ven obligadas a realizar estos cambios sin convicción alguna. Conscientes de una pérdida de autonomía, los adultos mayores deben someterse a situaciones que implican un grado, más o menos fuerte, de dependencia con respecto a terceros para realizar ciertas prácticas cotidianas. De esta forma, la convivencia con otros miembros de la familia se revela una de las opciones, cuando las hay, para remediar con los problemas ligados a una dependencia cualquiera. Las consecuencias de estas prácticas constreñidas pueden llevar a cabo situaciones conflictivas

entre la o las personas de edad acogidas y los miembros de la familia que los acogen. Ferreto (2010) observa, por ejemplo, que las personas de edad tendrían un grado de estrés causado por el miedo de ser rechazado afectivamente por sus cercanos, creyendo que su presencia sería una carga para la familia. En efecto, las situaciones de dependencias crean un sentimiento de inseguridad para los adultos mayores que disfrutaban anteriormente de cierto control en sus condiciones de vida. Simone de Beauvoir (1970) acentúa aun más este sentimiento cualificándolo de desconfianza: *“el adulto mayor sabe que los hijos, los amigos, los sobrinos que le ayudan a vivir – financieramente, o cuidando de él, o alojándolo – pueden negarle estas ayudas, o restringirlas; pueden abandonarlo, o disponer de él contra su voluntad”* (p. 570). El adulto mayor se siente entonces en una situación de debilidad que no domina y que está determinada por sus parientes. Cuando hay convivencia, el papel de jefe del hogar que algunos adultos mayores tenían en el hogar anterior, puede verse substituido por un miembro del hogar en el cual fue acogido. Esta substitución de papeles altera inevitablemente las prácticas cotidianas de las personas de edad. Vemos por ejemplo que los adultos mayores pueden experimentar mudanzas de vivienda bajo constreñimiento durante el periodo en que son acogidas por los miembros de la familia. Mudanzas en que la opinión de las personas de edad no tiene mayor peso cuando éstas son las más sensibles a los cambios. Beauvoir (1970) destaca que los adultos mayores aprehenden las novedades con inquietud y que las mudanzas de vivienda constituyen unos de sus terrores. En efecto, el constreñimiento puede causar un malestar que explicaría las tendencias de repliegue, el aislamiento o la degradación del estado de salud de los adultos mayores (Torre, 2010; Camargos y al. 2011). Podemos observar situaciones inversas cuando las familias al querer sobreproteger a los mayores llegan a construir formas de asistencia excesiva que al fin y al cabo aíslan, una vez más, estos individuos (Motta, 2011).

Las ventajas de las convivencias familiares en el apoyo mutuo

Aunque la convivencia puede ser sufrida por algunos, es también una estrategia frecuentemente aplicada por las familias latinoamericanas para responder a las necesidades afectivas, materiales, funcionales o instrumentales de los individuos.

Como ya lo subrayamos, los hogares intergeneracionales son una de las características de la población latinoamericana y muchas veces, esta convivencia se establece sobre una base afectiva fuerte que puede ser vivida por las personas mayores como una solución a la soledad. A medida que estos individuos avanzan en el proceso de envejecimiento, la probabilidad de confrontarse a situaciones de soledad es mayor puesto

que los hijos se casan y salen de casa y las situaciones de viudez aumentan a medida que transcurre el tiempo. Camarano y al. (2004) subrayan que frente a los hombres, las mujeres mayores son más numerosas en experimentar la soledad puesto que tienen mayores probabilidades de quedarse viudas. Los adultos buscan entonces consuelo en el seno de su familia y es a partir de ese momento que observamos las afinidades entre las mujeres, más precisamente entre madre e hija, a través del fuerte apoyo mutuo, en todas sus dimensiones, que desenvuelven cotidianamente (Pennek, 2006). ¿Estas afinidades favorecerían entonces la integración familiar de las adultas mayores en detrimento de los hombres en la misma situación? si las formas de convivencias aportan bienestar a las personas mayores que experimentan situaciones de soledad debemos preguntarnos si estas convivencias son accesibles a todos y bajo cuales condiciones.

Las convivencias pueden también ser el resultado de estrategias económicas, como el ejemplo de los *allegados* en Santiago de Chile, para aliviar los costos durante una fase de transición residencial (Paquette- Vassalli, 2001). Así, la convivencia con los parientes puede ser un refugio provisorio económico mientras se busca una residencia fija por ejemplo. Mas allá de constituir un provecho individual, las convivencias pueden ser beneficiosas para todos cuando se opera un acuerdo común entre los miembros del hogar. En este caso, podemos observar el papel importante que desempeñan los abuelos en el cuidado de los nietos cuando los padres de éstos trabajan o se encuentran fuera de casa. Si bien observamos la presencia de estas prácticas dentro de los hogares socialmente diversificados, vemos que para las familias de bajos recursos, estos tipos de apoyo son esenciales cuando se consideran las dificultades económicas en las cuales viven. Así, el apoyo mutuo permite esquivar un costo, que sea para el pago de un jardín infantil o de una niñera, un costo que generalmente estas familias no pueden asumir.

Es importante subrayar que la ayuda entre personas de edad y adultos es mutua pero de diferente naturaleza ya que si los primeros pueden aportar una ayuda económica al hogar, los adultos, ellos, pueden encarnar una asistencia a su vez funcional (lavarse, vestirse, caminar, acostarse... etc.) e instrumental (ayuda para las tareas del hogar, para hacer las compras, para la gestión de los ingresos...etc.) para las personas de edad que ven su propia autonomía afectada (Saad, 2004). Generalmente, las situaciones de dependencia son las consecuencias de la degradación del estado de salud de los individuos. Una vez más, observamos desigualdades entre hombres y mujeres, siendo estas últimas desfavorecidas puesto que presentan mayores debilidades físicas, particularmente sometidas a las enfermedades crónicas, y mentales que sus compañeros (Belo, 2011). Sin embargo, en Brasil

observamos que la proporción de mujeres mayores jefes del hogar aumenta progresivamente mientras que la proporción de mujeres viviendo con hijos u otros parientes disminuye. Según Camarano (2003) esto refleja mejores condiciones de vida de las mujeres mayores con respecto a la dependencia familiar, una hipótesis reforzada por los datos del IBGE que indican un aumento de la proporción de mujeres mayores viviendo solas.

Así, según el grado de dependencia de las personas de edad, la convivencia con parientes de la familia será benéfica para el individuo mayor. El apoyo que podrá recibir la familia por parte del adulto mayor dependerá, en este caso, del buen estado de salud de este último.

Cuando los adultos mayores acogen: ¿convivencia positiva o negativa?

Si bien subrayamos el caso en que los adultos mayores eran acogidos por miembros de su familia, también observamos el caso contrario en el que las personas de edad serán las que acogen a miembros de su familia. Los hogares con jefatura de un adulto mayor representaban 18.8% del total de los hogares según la CEPAL. O sea que de los hogares compuestos con por lo menos un adulto mayor, alrededor de 4 sobre 5 tienen como jefe de hogar un adulto mayor. En efecto, constatamos que en Brasil por ejemplo, la población de mayor edad oriunda de clases pobres disfruta a veces de mejores condiciones económicas que los adultos en edad activa gracias a un sistema social que garantiza ingresos mínimos a los adultos mayores. El peso de los ingresos percibidos por los adultos mayores contribuía en promedio a 58.5% de los ingresos de su hogar (Camarano, y al., 2004). Así, las personas de edad pueden prestar asistencia económica y material a las generaciones más jóvenes cuando el mercado de trabajo, la educación y las relaciones afectivas² se revelan débiles (Lopes, 2006; Camarano, El Ghaouri, 2003; Camarano y al., 2004; Coutrim, 2010; Santos, 2010). Siguiendo con el ejemplo brasileño, 62.8% de los adultos mayores jefes de hogar convivían con por lo menos uno de sus hijos en 2000 (IBGE).

Cuando son los adultos mayores quienes acogen a miembros de la familia, aceptan al mismo tiempo una responsabilidad adicional que implica transformaciones en sus prácticas cotidianas. La convivencia puede a su vez ser positiva, como lo vimos anteriormente, pero puede también perjudicar las condiciones de vida de las personas de edad cuando implican sacrificios. Un ejemplo clásico es la convivencia con uno o varios nietos en que las personas de edad tenderán a dar prioridad a las necesidades de éstos en la

² En este caso podemos evocar las separaciones, los divorcios o los desacuerdos familiares.

gestión de sus ingresos (en el pago de la escuela por ejemplo) perjudicando así, sus propias necesidades³ (como por ejemplo comprar remedios).

Consecuencias de una ausencia familiar en las prácticas urbanas

Si los hogares intergeneracionales caracterizan las familias latinoamericanas, observamos sin embargo en el Brasil, el aumento de los hogares unipersonales para la población de edad avanzada (IBGE, 2007). Camarano y El Ghaouri (2003) subrayan que el aumento de los hogares unipersonales podría estar asociado a la fragmentación familiar, a los cambios de prácticas familiares queriendo reducir la promiscuidad dentro del domicilio o entonces optando por costumbres más individualistas en detrimento del apoyo familiar (p. 218). Cuales son entonces las verdaderas condiciones de vida de las personas de edad viviendo solas? Existe la hipótesis que estipula el hecho de que las personas mayores viviendo solas permanecerían con un buen estado de salud y con ingresos que les permitiesen subvenir a sus necesidades. Estas personas serian capaces de realizar sus actividades y sus prácticas cotidianas de manera dependiente (Camargos y al., 2011). La segunda hipótesis, que contradice esta última, propone un esquema más severo que consiste en que la consecuencia del aislamiento se debería a un rechazo familiar sin considerar el estado de salud del individuo. Las rupturas familiares como los divorcios o las separaciones vividas durante la vejez tendrían repercusiones particularmente negativas para los adultos mayores que estarían menos acompañados por sus familias, sobre todo en el caso de los hombres (Camargos y al., 2011). En este caso, y si los individuos están en pérdida de autonomía, las condiciones de vida se revelan mas difíciles para los que no cuentan con un apoyo afectivo, físico y material que sus cercanos podrían concederles. En este contexto, las redes sociales extra familiares como los amigos o los vecinos serian el principal apoyo de las personas mayores viviendo solas.

La familia representa entonces una variable ineludible en el análisis de las practicas urbanas de las personas de edad; según una encuesta realizada por Saboia (2004) en un contexto brasileño, la familia constituía el primer parámetro indicado por los encuestados (aproximadamente 40 %) para cualificar “las buenas cosas de la vida”, seguido por la religión con 12.5%.

Consideraciones finales

³ Lloyd-Sherlock (2001) citado par Camarano et al. (2004)

En el proceso de pérdida de autonomía, los adultos mayores se enfrentan con dificultades que implican situaciones de dependencia y es en el contexto latinoamericano peculiar que la familia interviene de manera a auxiliar las faltas y las carencias relativas al proceso de envejecimiento. Sin embargo, bien vimos que las estrategias de acercamiento familiar no benefician únicamente a las personas mayores sino que permiten alentar las relaciones afectivas entre parientes y desarrollar una ayuda mutua que, lejos de excluir al adulto mayor, crearán una fuerte cohesión en el núcleo consanguíneo.

Si bien evocamos aquí los diferentes tipos de convivencia entre los adultos mayores y sus familias, poco sabemos sobre las condiciones de convivencia y las organizaciones y/o sacrificios que estas implican para los adultos mayores y los miembros de la familia involucrados. Asimismo, pocos estudios se interesan sobre los 3% de adultos mayores que en 2000 vivían solos en América latina (CEPAL), sobre las dificultades que enfrentan diariamente, sobre las prácticas espaciales que desenvuelven y sobre las fuentes de apoyo que solicitan. Estudios entonces acentuados son necesarios para aprehender las necesidades diversas de una población en proceso de envejecimiento cuyos individuos presentan condiciones de vida poco homogéneas.

Referencias bibliográficas

BEAUVOIR (de) S., 1970, *La vieillesse*, Editions Gallimard, 712 p.

BELO I., 2011, *Do corpo à alma : o disciplinamento da velhice*, in [Longhi M, Almeida M. (coord.)] *Etapas da vida. Jovens e idosos na contemporaneidade*, Recife, Editora Universitaria UFPE, p. 105-122.

BONVALET C., DUREAU F., 2000, *les modes d'habiter : des choix sous contraintes*, in [Dureau F. et al (coord.)], *Métropoles en mouvement. Une comparaison internationale*, Anthropos-IRD, Coll. Villes, p. 3-12.

CAMARANO A., 2003, *Mulher idosa : suporte familiar ou agente de mudança ?*, Estudos Avançados 17 (49), p. 35-63.

CAMARANO A, EL GHAOURI S., 2003, *Familias com idosos: ninhos vazios?*, Rio de Janeiro, IPEA, 20 p.

CAMARANO A., KANSO S., MELLO J., PASINATO M., 2004, *Familias: espaço de compartilhamento de recursos e vulnerabilidades*, in [Camarano A. (coord.)] *Os novos idosos brasileiros, muito além dos 60?*, Rio de Janeiro, IPEA, p. 139-167.

CAMARGOS M., RODRIGUES R., MACHADO J., 2011, *Idoso, família e domicílio : uma revisão narrativa sobre a decisão de morar sozinho*, Rio de Janeiro, Revista brasileira de Estudo da População, v. 28, n°1, p. 217-230.

COLOMBET C., 2010, *Habitat et urbanisme face au vieillissement*, in [Guimbert V, Godot C.], *Vivre ensemble plus longtemps*, Centre d'analyse stratégique, La documentation française, Rapports et documents n°28, p. 153-187.

COUTRIM R., 2010, *A velhice invisível. O cotidiano de idosos que trabalham nas ruas de Belo Horizonte*, São Paulo, Annablume, 192 p.

DELAUNAY D., DUREAU F., 2003, *Des individus dans la ville: les transitions résidentielles à Bogotá*, in [Bertrand M. (dir.)] *Dynamiques résidentielles dans les villes du sud. Position sociales en recomposition*, Paris, Autrement, p. 87-106.

DUREAU F., 2002, *Les systèmes résidentiels : concepts et applications*, in J.-P. Lévy et F. Dureau, *L'accès à la ville. Les mobilités spatiales en questions*, Paris, L'Harmattan, coll. Habitat et Sociétés, p. 355-382.

FERRETO L., 2010, *Representação social no envelhecimento humano*, in [Malagutti W., Bergo A.-M. (coord.)] *Abordagem interdisciplinar do idoso*, Rio de Janeiro, Editora Rubio, p. 23-36.

GIMBERT V., GODOT C. (coord.), 2010, *Vivre ensemble plus longtemps*, Centre d'analyse stratégique, La documentation française, Rapports et documents n°28, 308 p.

LE BRETON E., 2005, *Bouger pour s'en sortir*, Paris, Armand Colin, 247 p.

LOPES A., 2006, *Dependência, contratos sociais e qualidade de vida na velhice*, in [Von Simson O., Neri A., Cachioni M. (coord.)] *As múltiplas faces da velhice no Brasil*, Campinas, 2^{ème} ed., Editora Alinea, p. 129-140.

MOTTA (da) A., 2011, *Envelhecimento e relações entre gerações*, in [Longhi M., Almeida M. (coord.)] *Etapas da vida. Jovens e idosos na contemporaneidade*, Recife, Editora Universitária UFPE, p. 81-104.

PAQUETTE-VASSALLI C., 2001, *Mobilité résidentielle à Santiago du Chili : les conséquences du chemin tout tracé de l'accession sociale*, in [Lassave P., Haumont A. (et al.)] *Mobilités spatiales. Une question de société*, Paris, L'Harmattan, p. 35-46.

PENNEC S., 2006, *Les pratiques de la ville: entre anonymat et proximité*, Les Annales de la recherche urbaine, n°100, 0180-930-X, p. 51-58.

QUIROGA P., 2010, *Mobilités urbaines et inégalités, le cas de la Région Métropolitaine de Recife*, Mémoire de Géographie, Université Rennes II, 93 p.

SAAD P., 2004, *Transferência de apoio intergeracional no Brasil e na América latina*, in [Camarano A. (coord.)] *Os novos idosos brasileiros, muito além dos 60?*, Rio de Janeiro, IPEA, p. 169-209.

SABOIA J., 2004, *Benefícios não-contributivos e combate à pobreza de idosos no Brasil*, in [Camarano A. (coord.)] *Os novos idosos brasileiros, muito além dos 60?*, Rio de Janeiro, IPEA, p. 353-410.

VERVAEKE M., 1992, *Les logiques familiales d'accès au logement*, in [Lelièvre E., Lévy-Vroelant C.], *La ville en mouvement : habitant et habitants*, Paris, L'Harmattan, p.163-173.